

Espanoles en París

COMO VIVE Y COMO TRABAJA DON RAMON
MENENDEZ PIDAL

Un reportaje literario exclusivo por
MIGUEL PEREZ FERRERO



DESDE hace más de año y medio, don Ramón Menéndez Pidal está en París. Desde entonces su vida es silenciosa y tan retraída que se diría oculta. La soledad le ha reconcentrado y a la hora en que podría dispensarse un descanso, o por lo menos un alivio en su tarea, culmina la intensidad de su trabajo. Parece como si no le pesaran los años, luchas, avatares sufridos como personaje de la—con gloria—finiquitada tragedia hispana [como si su resistencia moral y física fuesen inagotables]...

Pocos serán los que desconozcan la aventura de don Ramón Menéndez Pidal a partir de los comienzos de la contienda. La explosión de ésta le sorprende en Madrid, en su colmena del Centro de Estudios Históricos, entregado a su labor tan profundamente española como es sacar a flor de conocimiento la historia

de los héroes, de las costumbres, de la vida y, sobre todo, del idioma de su patria.

Don Ramón no se engaña al primer golpe de vista en cuanto se plantea el conflicto. No se equivoca precisamente porque está acostumbrado a profundizar en las esencias de su país, de ese país que es, más que para nadie, la razón de su existencia la consagración de su existencia misma.

Y hay una anécdota de los primeros días que conocen pocos. De los días de las propagandas sin tino.

Alguien corre a decir al autor de *La España del Cid*:

—Franco combate con moros en sus huestes.

Don Ramón contempla un momento calladamente al que le trae la nueva. Le replica con suave y sereno acento:

—Rodrigo Díaz de Vivar combatía con moros en sus huestes para reconquistar España...

En la agitación de aquellos instantes el sabio español vió su obra de tantos años aventada como un montón de cenizas. El también tenía su hueste, era una hueste que se inclinaba bajo las lámparas, sobre los complicados y seculares manuscritos; allí los filólogos, los historiadores de las edades, de las épocas especializados en la antigüedad y en los siglos modernos; versados en el arte, en la literatura, en las lenguas, se dispersaron llevados por el huracán. De un lado unos, del otro los demás. Se esparcían, se dislocaban.

Un día un ministro comunista le llamó a don Ra-

món Menéndez de Pidal para darle un cargo. No lo aceptó. No podía aceptarlo. Contemplaba el edificio que él había sostenido con su esfuerzo ya en montón de ruinas. Un barco llevó al sabio español a tierras ajenas. No valía el intentar retenerle en una atmósfera que él juzgaba desprovista del aliento de España

• • •

En América don Ramón Menéndez Pidal dió cursos, profesó conferencias...

De su palabra iba prendido el pasado de su pueblo, pero también su presente y su porvenir.

A la culminación de su fama volvía el sabio a encontrarse como en años lejanos de aprendizaje y de lucha: sólo provisto del valor de su propia personalidad ante sus oyentes.

Y tal vez en esos instantes le invadía más que nunca el recuerdo de su remanso madrileño de trabajo, porque tal vez para él siempre la palabra remanso haya tenido el equivalente de «colmena» ejercitando un poco la paradoja de la filología.

Recordaba puede ser el gran laboratorio de las ciencias históricas que tuviera que abandonar, con sus grandes secciones y con sus especialistas reputados a la cabeza de cada sección.

También recordaba otras veladas, los jueves. Las veladas de la Academia Española. Don Ramón Menéndez Pidal, presidente de la Academia española...

y sus cursos en su cátedra. Pero en esos momentos todo estaba lejano y con el mar, el inmenso mar, de por medio.

• • •

Pasado un cierto tiempo sintió la fuerte nostalgia y quiso irse cerca de España a seguir trabajando para España. Vino a París en espera del oportuno regreso. En París se hallaban ya miembros de la Academia, Pío Baroja, Azorín, Marañón, Pérez de Ayala, y algunos otros intelectuales de máximo relieve en España, José Ortega y Gasset, entonces aquejado por doloroso mal. Además se hallaba aquí el Instituto de Estudios Hispánicos como una sombra amada más bien que otra cosa puesto que —¿por qué causa?—extrañamente durante toda la etapa de la guerra civil española guardaba una actitud inhibitoria respecto a los valores hispanos de primer orden, como si pudiera ignorarlos, manifestándose esta actitud chocante en la ausencia de toda petición de concurso, mediante actuaciones o conferencias... Pero estaba la sombra, activa realidad para lo demás ¡y para los demás!

Y no obstante, sobre todo estaba la Sorbona. La antigua y universal Sorbona con sus bibliotecas inagotables, con sus fuentes de saber y de investigar en su recinto.

Don Ramón Menéndez Pidal traía prefijado su afán en ella como lampadario de su gran obra.

* * *

Primeros meses de esta etapa de don Ramón Menéndez Pidal en París. Barrio Latino. Calle de Vaugirard, del lado del Boulevard Saint Michel. Pequeño y modesto hotel Trianón Palace (el nombre un tanto frívolo para albergar a un historiador del idioma y del medioevo) La Falouche recorre ruidosamente las calles. Es la primera Falouche que don Ramón presencia en París ya se sienten sacudidas de convulsión en Europa, pero los mozos y las muchachas no quieren estar tristes y pensar en negro porvenir. Naturalmente dominan los franceses, pero se mezclan todos los países, todas las razas que vienen a estudiar donde para nosotros, españoles, estudió Loyola.

La Falouche es el nombre de la semana entera de fiestas que precede a las grandes vacaciones de Pascuas. Todo son risas, alegrías, entradas y salidas nocturnas de los cafés bulliciosos, en los dancings, en los espectáculos, en las tiendas que ornan la gran calzada que va del Sena a la punta del Boulevard Montparnase, pero especialmente del Luxemburgo al Puente de Saint Michel... Algazara en los restaurantes, En suma: juventud.

Cada mañana un caballero vestido de oscuro, que no sabe de fiestas de descanso, sino de grandes festines de labor cruza la ancha vía y da los pasos necesarios que le separan de la Sorbona y su biblioteca. No es

un profesor francés: es un sabio español. Camina gravemente. No es alto. Su figura más bien menuda, fina y algo triste tiene una gran dignidad. Viste de oscuro. Destaca su barba blanquecina. Es don Ramón Menéndez Pidal. Cada mañana, cada tarde a lo largo de días, de meses, hace lo mismo: se hunde en los libros de la inagotable biblioteca, en los manuscritos, en los raros y preciosos papeles que están a su disposición para que él los estudie, los descifre, los goce...

Luego, de vuelta, en el cuarto del hotel su tarea se reanuda. Todos los días son iguales, pero distintos porque cada día supone un nuevo avance, una nueva conquista para el mundo del saber y para la Historia de su patria.

Hundido en los papeles, en la biblioteca o en el cuarto de seguro se siente preso frecuentemente de la nostalgia. La familia está al otro lado de los Pirineos, en España. Y a don Ramón Menéndez Pidal le llega como un rumor de la contienda. Sobre la piel de toro se hace la guerra.

El, precisamente, está repasando, completando, perfilando, unas páginas mágicas de tiempos de guerra. Un héroe, el más maravilloso de todos, cruza Castilla y marcha hacia Valencia. Se llama el héroe Rodrigo Díaz de Vivar. Es el Cid Campeador en su Babiera, con huestes de cristianos y moros que le sigue...

El libro, extensa obra, ha sido ya impreso hace breves años en España, ha visto la luz de los escapara-tes y los clasificadores de los lugares de estudio, ha

sabido de los comentarios y la entusiasta crítica, ha merecido la versión en lengua inglesa. Pero ahora no quedan ejemplares del trascendente trabajo y prensas de América han solicitado volverlo a sacar. Don Ramón corrige, acota, suprime, añade, revisa . . . Las pruebas están dispuestas para ser devueltas. Hasta que van partiendo todas, por paquetes hacia su destino.

* * *

Este ha sido el proemio, la entrada al trabajo, lo que pudieramos llamar la toma de contacto con París. Mas don Ramón tiene en marcha otra gran empresa, acaso la empresa más grande de su vida intelectual, que es, en absoluto su vida.

Pasan los días, las semanas, los meses . . . bastantes meses. La existencia es la misma. Cada mañana Europa se despierta con una nueva inquietud, con un nuevo afán, ahitada por un vendaval nuevo, cada mañana, a primera hora, don Ramón se despierta con el mismo afán renovado. en medio del torbellino, como si su cuartito de hotel fuese una barca salvavidas que rebotase de una nota, sobre las bravías olas. Del albergue a la Sorbona. ¡Oh cuánta felicidad los libros, los codices, los manuscritos, los documentos! Don Ramón Menéndez Pidal trabaja en algo muy profundo de España, para España, pero que no sólo es de ella sino que se extiende por derecho y gloria al continente de su sangre y su alma.

Don Ramón Menéndez Pidal trabaja en una obra magna: «Historia de la lengua española».

Mas el maestro hace ahora más camino para ir a la Sorbona. No ha abandonado el barrio juvenil de los estudiantes; se ha ido a la sombra de Saint Sulpice, a otro pequeño hotel que tiene el rótulo de «París-Dinar». Vela como siempre su lámpara hasta tarde y las primeras voces de las campanas le sorprenden de nuevo despierto. Su vida tiene igual aparente monotonía que de costumbre. Ahí en la Sorbona su trabajo es impropio, de gigante. Trabaja solo, completamente solo, sin nadie que le alivie en el menudo, más meticoloso, y cuantiosísimo, menester de papeletear, de anotar, de rebuscar, de ver, de leer. Se sueña acaso, en días lejanos de duro aprendizaje. Su barba cana lo desmiente, roseta de la Legión de Honor, que muestra los honores otorgados antes... y tantas, tantas cosas. ¿Qué parte —nos preguntamos— toma el sueño en la historia? ¿No tomará al menos alguna acción en cuanto a revestirla?

Pero es seguro que cuando la imaginación tan disciplinada de don Ramón Menéndez Pidal, se escapa alguna vez a las regiones del sueño, de la evocación, son más cercanas imágenes las que le invaden: Imágenes familiares, en tierra de España, que le ligan, que le alientan, que le animan, aquí, en su impropio y constante trabajo, en su invencible celo.

* * *

¡La guerra de España ha terminado! Hasta el cuartito estudiantil de don Ramón llegan los ecos— sin voz—jubilosos. Llegan hasta el recinto inmenso, severo de la biblioteca donde no descansa. Sí: ¡la guerra de España ha terminado! La historia se repite aunque cambien los nombres, los personajes, las circunstancias.

Diríase que don Ramón Menéndez Pidal hubiese ya dado su opinión de esta guerra de antemano con clarividencia casi de vidente, pocos años antes, al publicar su «España del Cid». Parece como si ahora con la reedición americana de la obra hubiera querido ratificarla.

¡Ya no hay guerra civil en España! Don Ramón Menéndez Pidal forja en largas jornadas su obra nueva y eterna: la «Historia de la lengua española».

* * *

A don Ramón Menéndez Pidal se le ha visto muy poco durante este largo tiempo de su estancia en París. En el almuerzo ofrecido a un diplomático americano, orador y escritor pulquérrimo del idioma común; frente al grupo, con Marañón, Azorín y Baroja, de intelectuales recibido recientemente en la embajada de España por el Embajador Leguerica, intelectual y escritor, a su vez, de nota...

Mas don Ramón tiene más frecuente marco en su cuartito, o en su laboratorio de la Facultad. Si se le va a ver al hotel en el saloncito modesto en el que se advierte en seguida su figura grave y silenciosa.

—Creo que el deber del intelectual español es el de trabajar para España. El destino de nuestra patria ha de seguir el cauce de su historia, forjada por nombres pleclaros y esforzados.

Don Ramón Menéndez Pidal apenas si habla de cosas ajenas a su labor, sobre todo de política que estima que no deben hacer sino los que rigen el país, sin ser asaetados de opiniones que considera triviales.

—Se dice ahora don Ramón—nos atrevemos a manifestarle—que España ha cambiado su piel. Y no nos parece exacto. Creemos, don Ramón, que la piel de España es eterna y la misma y que ahora está más que nunca tensa, como la de los titanes después de ganar la prueba... ¿Trabajará usted aun mucho en su «Historia de la lengua española»?

—Hay mucha labor. Y aquí en la Sorbona fuentes inagotables. El material que necesitaba. Es arduo recogerlo, máxime sin asistencia de discípulos, que como es natural ahora no han podido estar conmigo.

Se calla.

Contemplamos a don Ramón durante un rato. No sabemos si han transcurrido varias horas o varios minutos: Esta es la vida de don Ramón Menéndez Pidal en París hasta que se reintegre a España. El maes-

tro es como un simple estudiante en la sencillez y modestia de su existencia. Mas la obra es gigantesca.

Un día los bravos combatientes que han ganado España para España se dirán de nuevo en las rutas, en los hogares a la hora del recogimiento y del estudio:

«Tú mismo, que has hecho ya historia vas a saber por qué y cómo la hablas en tu idioma, la sientes en tu idioma, la vives en tu idioma».

Y si el hombre joven, atezado ya prematuramente, pero benéficamente por el destino, es un discípulo próximo del maestro se dirá pensando en este hombre honor de España:

... «El también estaba en su puesto».